

Miércoles XVIII
Ciclo B



7 de agosto de 2024

Jr 31, 1-7

Jr 31

Mt 15, 21-28

P. Eduardo Suanzes, msp

La mujer cananea (pagana, es decir, tenida por alguien fuera del ámbito de Dios) pide ayuda para su hija postrada, y cuando se le recuerda la intolerancia del «pueblo superior» judío con respecto a los gentiles, apela a la mesa en la que está el pan, y cómo los amos dejan caer el pan para que puedan comer los perrillos (símbolo de los paganos): «*No está bien quitarles el pan a los hijos y echárselo a los perritos.*» Pero ella le respondió: «*Sí, Señor; que también los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.*» El pan de los hijos deja de ser un patrimonio de los «predilectos de Dios» (los hijos de Israel), y se abaja, cae hacia donde están los perrillos (los gentiles, los paganos). Eso produce la sanación de aquella terrible postración-desprecio-demonización que tantos padecían: Jesús, entonces, le dijo: «*¡Mujer qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que deseas.*»

Este relato¹ en tierras paganas es paralelo a otro anterior que ocurre dentro de Israel cuando un magistrado, en principio nada amigo de Jesús, se postra ante él para interceder por su hijita que va a morir². Ambos relatos presentan la misma situación: la alienación de los últimos-pequeños impuesta por un sistema de dominio injusto, tanto para el israelita (el magistrado) como para el pagano (mujer cananea).

Es inusual que una mujer pagana se postre ante un judío, del mismo modo que un magistrado se postre ante un excomulgado o rechazado por el sistema oficial. Ambas postraciones están indicando la impotencia de un sistema dominante y marginador, que, por ello, no puede dar salud-vida. La niña del magistrado va a morir, porque es una niña muerta en vida; la hija de esta mujer pagana está poseída, es decir, es una «no-es», una alienada, es una muerta en vida. Mientras exista el dominio persistirá la postración, la muerte en vida.

Lo que destaca del relato es la reacción de Jesús ante la petición de esta madre pagana. La respuesta de Jesús es seca, cortante y distanciadora. En el relato, Jesús expresa la postura oficial que un buen judío conservador debía tener ante una persona gentil: «no eres tan importante; los importantes somos nosotros, los judíos, los correligionarios israelitas». Jesús viene a expresar en el relato la creencia establecida de que los israelitas son «hijos» de Dios, «pueblo de Dios», mientras que los extraños, los gentiles, son... perros (en su sentido negativo). Por ello, el «pan» que Dios es, su Palabra, su Voluntad, su Ser, es para esos pocos «hijos» privilegiados. Los demás deben esperar, a ver si les toca algo.

¹ Cfr. SIXTO IRAGUI, *El Jesús histórico. III. El extraño como prójimo.*

² Cfr. Mt 9, 18-26

Esta actitud puede reflejar el trato habitual que propugnaba un judaísmo conservador, autocentrado en su prepotencia de ser el único pueblo elegido de Dios.

La respuesta de Jesús, tan dura, impacta; no se corresponde con la imagen que un cristiano primitivo o posterior tiene de Jesús, ya que lo que ahora dice-hace va en contra del núcleo de sus enseñanzas sobre el amor al prójimo, a «todo» prójimo, y, especialmente a los postrados. Precisamente por esto sea la intención del evangelista el propiciar la reflexión implicativa del oyente/lector, con esta respuesta tan impactante por parte de Jesús. El evangelio parece querer decir que con estos prejuicios, que desde esos esquemas preestablecidos de superioridad/inferioridad, elegidos/no elegidos, no se va a ninguna parte, pues el mal, lo que mata, sigue campando a sus anchas.

Por ello, como casi siempre en los evangelios, el mostrar esta actitud en Jesús se pretende cuestionar, abrir la puerta a la reflexión para entender lo que es importante. Y en esta ocasión, ***lo que es importante no es puesto en boca de Jesús, sino en boca de esta mujer pagana***: «*Sí, Señor; pero también los perros comen las migajas que caen de la mesa de los amos*».

Al darle Jesús una respuesta injusta y despectiva (lo propio del sistema de dominio judaico en el que él vive y padece), la mujer acepta tal vez su propia injusticia dominante, pero lo más importante es que no se resigna a que las cosas sigan como están, sino que pone en primer término («pone en el centro») a esa última/ninguneada que es su hija. Apela a la generosidad del Dios-Amor y reconoce que, aunque no haya sido fiel a ese Amor, esa «perra» inocente que es su hija no es culpable de ello y puede acceder al amor (migajas de ese pan). Si la mujer se hubiese dado media vuelta y se hubiese marchado airada, su hija seguiría en la oscuridad, ella con sus prejuicios hacia los judíos y el profeta galileo-judío con sus prejuicios hacia los no-judíos.

Pero algo se ha roto, por fin. Los personajes dejan de representar un papel y se convierten en personas, en seres humanos, a los que mueve la necesidad y el sufrimiento; no el propio, sino el de otros postrados, simbolizados aquí por la niña cananea. Esta niña no es judía, no conoce seguramente nada de la religión judía y quizás nunca ha oído hablar de Yahvé, pero lo importante no es su origen y cultura, sino su postración, su condición de no-ser (poseída, no es ella misma, está muerta en vida).

Por último, lo que aquí se resalta es un abajamiento doble (el de Jesús y el de la mujer) que hace posible la comunión, el amor liberador. Es decir, por un lado Jesús renuncia al judaísmo selectivo y exclusivista propio de un rabí y se deja corregir por una pagana que «le enseña»; y, por otro, la mujer, al dirigirse a un judío para pedirle ayuda, rompe así con la división entre los pueblos y, supuestamente, al dejar de «contaminar» a su hija con estos prejuicios separadores, se produce la liberación de tales ataduras en la niña, que pasa de ser sometida a autónoma.